

GABRIELA MISTRAL Y SUS PUBLICACIONES EN COSTA RICA¹

Margarita Rojas González
Universidad Nacional
Costa Rica

Gabriela Mistral fue una presencia importante en Costa Rica antes y después de su viaje al país en 1931. Su labor literaria y en el campo de la pedagogía coincidió aquí con la actividad de un grupo de educadores costarricenses que también fueron escritores notables, algunos de los cuales, además, habían estudiado en Chile: Joaquín García Monge, Carmen Lyra (María Isabel Carvajal), Roberto Brenes Mesén, Carlos Gagini, José María “Billo” Zeledón, Carlos Luis Sáenz, Luisa González, Adela Ferreto.

Junto con otros colaboradores, estos desarrollaron una productiva labor que conjugó el quehacer pedagógico con la escritura literaria. Sus preocupaciones se concretaron en parte en la creación de varias revistas, entre las cuales, las primeras para niños en el país, y varias colecciones en las que traducían y adaptaban obras de todos los géneros, países y lenguas. A ellos cabe el impulso decisivo de la Escuela Normal desde su fundación en 1914, cuando no existía aún una universidad en Costa Rica.

Cuando se trata de estudiar las relaciones entre un escritor y un grupo, tradicionalmente se ha acostumbrado analizar el asunto como de “influencias”; en este caso, sin embargo, como se tratará de probar en las páginas que siguen, es posible más bien enfocarlo desde la perspectiva de coincidencias generacionales. Para empezar, Joaquín García Monge, Carmen Lyra y Gabriela Mistral nacieron todos en la década de 1880 (García Monge en 1881 y Carmen Lyra en 1888) y fallecieron también en años cercanos. Entre 1901 y 1904, cuando ya era conocido como escritor, García Monge, como varios profesores costarricenses, estudió en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y allí se graduó como profesor de Estado en Castellano y Educación. Como se muestra en el artículo de Gabriela Mistral publicado en *San Selérin* en 1913, ella y García Monge se conocieron en Chile. Una vez en Costa Rica, García Monge trabajó en el mejor liceo del país en ese momento, el Liceo de Costa Rica, dirigido por el profesor chileno Zacarías Salinas¹, si bien su gran labor se concentró pronto a la dirección de importantes revistas y colecciones, como *El convivio*, *Convivio de los niños*, *La Edad de Oro*, *Colección Ariel*, que materializan todos un espíritu panamericanista y la vocación pedagógica compartidos por la mayoría de los intelectuales hispanoamericanos de esta generación, como puede deducirse de la trascendencia que logró el *Repertorio Americano* la revista dirigida y editada por García Monge.

Esta fue la publicación más conocida y duradera de esta época pues, como se sabe, permaneció hasta 1958, con un total de mil ciento ochenta y un números². A esa revista

¹ Trabajo presentado en las Jornadas mistralianas *Gabriela, escritora y educadora internacional, organizadas por el Colegio de Profesores de Chile* (Santiago, Chile, Centro Cultural de España, 16 noviembre de 2005).

intercontinental, Mistral colaboró con más de ciento cincuenta poemas, ensayos y artículos sobre temas de política, indigenismo y crítica literaria desde el primer año, en 1919. Esto ha sido estudiado por el historiador chileno Mario Céspedes en el libro publicado en Costa Rica, *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*³ y aquí se consigna la lista completa de dicha investigación.

Paralelamente, García Monge y Gabriela Mistral se escribieron por más de treinta años, desde 1921 hasta 1954, de acuerdo con el trabajo de Magda Arce, quien recopiló el epistolario con la colaboración del hijo del primero, Eugenio García Carrillo⁴. Ella recibía el *Convivio de los niños* que publicaba García Monge, según consta en una de las cartas de 1921; en otra del mismo año le pide saludar a Carmen Lyra y a Ángela Acuña; le habla varias veces del viaje a Costa Rica (diez años antes de concretarlo); y de la revista de García Monge, expresó lo siguiente: “El *Repertorio* nos une a todos; usted, en su pequeño país, no tiene seguramente idea exacta de lo que su menuda revista significa en nuestros pueblos, del bien que derrama, del prestigio que ha adquirido, de las numerosas relaciones que establece”⁵.

Sin embargo, los vínculos entre la escritora chilena y este grupo de educadores costarricenses empezó a forjarse desde antes, probablemente en otras revistas pedagógicas. Primero en *San Selerín*, la excelente revista para niños que dirigían la escritora Carmen Lyra y la pedagoga Lilia González. Esa fue la primera revista exclusivamente para niños en Costa Rica, y se publicó durante dos épocas, entre 1912 y 1913 y luego de 1923 a 1924. No tenía anuncios comerciales; algunos números se dedicaban a un tema o a un autor, por ejemplo, al escritor italiano Edmondo D’Amicis, acerca del cual Gabriela Mistral envía un comentario dirigido a García Monge. Le habla a este como “mi hermano Joaquín, el más querido de mis hermanos y que está tan lejos” con el fin de comentar el libro *Corazón*, que aquel le había regalado antes de irse de Chile. Sus impresiones de lectora revelan esa doble faceta de educadora y literata, que se conmueve ante el conjunto de los niños. En el mismo número se incluyen un fragmento de *Corazón*, y un poema titulado igual del poeta costarricense José María Zeledón.

Diez años después, el 15 mayo de 1923, aparece en *San Selerín* el editorial titulado “Gabriela Mistral” y la página siguiente se llena con su fotografía de perfil con una leyenda que dice textualmente: “Vino el año pasado de su patria (Chile) a Méjico (sic) llamada por el gobierno de este país para que ayudara a las personas que allí dirigen”. Después se reproducen dos textos en prosa (“Los cabellos de los niños” y “La raíz del rosál”) y cinco poemas (“Plantando el árbol”, “Plegaria por el nido”, “Caperucita roja” y “Promesa a las estrellas”), todo tomado del libro *Desolación* según reza al pie de página. El “editorial”, firmado no por un nombre reconocido sino por la revista, se escribe desde la perspectiva infantil y se destaca su amor universal por los niños.

Un año antes, en junio de 1922, en el cuarto número de la revista *La escuela costarricense*, se dedican seis páginas a diversos textos de Gabriela Mistral. Esta era una revista patrocinada por el Magisterio Costarricense y dirigida por Fausto Coto Montero —en cuya casa se alojó Mistral cuando vino en 1931—; tenía una sección literaria inaugurada ese mismo año (en abril) con el texto “El maestro” de Carlos Luis Sáenz, varios poemas y la primera parte de la novela francesa *La maternal*, de Leon Frapie, traducida por Carmen Lyra. De Mistral aparecen: una carta dirigida al director, fechada en Santiago, en 1922; las “Canciones de las madres” (seis poemas breves), el texto en prosa “Las canciones de cuna”, otros cuatro poemas, y una sección de poesía titulada “Rondas de niños”. En la carta, la escritora menciona que ya antes había enviado a la revista “Rondas de niños” y que aparentemente no habían llegado, además de la “Oración de la maestra”; solicita, además,

que se musicalicen sus textos. Los títulos de los poemas incluidos en esta sección de *La escuela costarricense* son: “Meciendo”, “Apegado a mí”, “Suavidades”, “Yo no tengo soledad”, “La noche”, “Me tuviste”, “Encantamiento”, “La madre triste”, “En dónde tejemos la ronda”, “La margarita”, “Invitación”, “Dame la mano”, “Los que no danzan”, “Jesús”, “Todo es ronda”.

En *Triquitraque*, otra gran revista para niños, que tuvo más duración que *San Selerín* ya que se prolongó desde 1936 hasta 1947, se reproduce en el nº 4, de agosto de 1936, el poema de Mistral titulado “Caricia”, y en el nº 9 del siguiente año, de abril de 1937, el poema “Canción de las mazorcas”. *Triquitraque* publica además, un anuncio de la Librería Chilena, agente de la Editorial Ercilla en Costa Rica, situada “en los bajos del (Teatro) Raventós, que también vendía la revista chilena semanal *Chascón*.”

Después de viajar a Bélgica, donde conoce a Decroly, Mistral llega a Costa Rica en 1931 y da a conocer aquí el célebre método del pedagogo belga. De acuerdo con Víctor Valenbois, si bien en la biografía “Volodia Teitelboim ni menciona episodios belgas ni costarricenses en ella”, Mistral tuvo una “prolongada estadía” en dicho país, entre 1926 y 1927”, “visitó personalmente a Decroly y después tuvo una “fructífera estadía en Costa Rica”. El investigador comenta tres artículos publicados en el *Repertorio Americano*, en la columna fija “¿Qué hora es?”, cuyo objetivo era “la permanente actualización del profesorado”. Refiere el investigador que el primer artículo se refiere a “La Escuela obrera superior de Bélgica (...), las otras dos contribuciones se centran en torno al pedagogo modelo y su escuela (...) El primer aporte es netamente contextual, sobre él, su instituto y su notoria influencia en América Latina (...) Un segundo artículo <es acerca del> método Decroly”⁶.

En San José, Gabriela Mistral ofreció dos conferencias en el Teatro Nacional, dedicadas a educadores e intelectuales. Recorrió otras zonas del país como Alajuela, Heredia, Puntarenas y Desamparados; habló en el Liceo de Costa Rica, en el Colegio de Señoritas, en la Escuela Normal de Costa Rica, en el Instituto de Alajuela, en la Escuela de Desamparados, en la Escuela Vitalia Madrigal, en la Escuela República de Chile y en la Asociación de Maestros de Puntarenas⁷.

La correspondencia con García Monge siguió aparentemente hasta la década de 1950; en misivas de pocas líneas o en cartas de varias páginas, comenta asuntos personales como sus dolencias, habla de asuntos relacionados con nombramientos en puestos oficiales, explica sus envíos al *Repertorio*, recomienda amigos escritores exiliados o con problemas laborales, evalúa sus lecturas.

Hay otra carta dirigida al escritor y filólogo Roberto Brenes Mesén, fechada en 1931, en Italia, y escrita después del viaje a Costa Rica. Brenes Mesén había estudiado en Chile entre 1897 y 1899; allí colaboró cuando se fundó el Ateneo de Santiago en esos años. Además de sus estudios filológicos, tuvo conocimientos de las doctrinas del yoga, la teosofía, mística y otras; vivió y trabajó en Estados Unidos desde 1925 hasta 1939. Quizá por esto último, al inicio de la carta, Mistral habla Brenes Mesén como de “un alma gemela”, pues ambos vivían en esos años fuera de sus respectivos patrias. También se permite el comentario, agudo y sintético, sobre lo que le parecieron los costarricenses durante su reciente estadía en el país:

Anduve por su tierra, y le pensé mucho por allí. A pesar de que era tan otro mi pensamiento al llegar, acabé diciéndome en que usted hace bien en vivir afuera. Su tierra ha ganado mucho, por encima de sus vecinos en el aspecto político; tiene una tradición pedagógica; la raza es homogénea; pero el Espíritu Santo se siente poco,

Mesén, cerca de unos cuantos nada más. Hace falta, se me ocurre el descontento, la hervidura intertor por algo, la pasión crepa, ya sea de español o de indio, pero la pasión, ausente. Se dan cuenta de que lo han perdido a usted y les pesa, pero con poca intención de enmienda, se me ocurre.

La parte central de la carta consiste en el relato de cuatro sueños, sobre los que le pide opinión. Sus sueños, como su vida, transcurren en diversos países: Cuba, México, Chile; en el primero aparece su hermana, en el segundo sus parientes muertos; en el tercero unos indígenas mexicanos, y en el último reaparece la hermana.

Al final de la carta avisa a Brenes Mesén que recibió la traducción en inglés del artículo que él había escrito, que lo juzga “lo mejor” y “la mirada más entrañable echada sobre mis versos”. Probablemente como Brenes Mesén era mayor que ella, lo trata con respeto, le pide consejo, sugerencias de lecturas.

En el intenso intercambio epistolar de Gabriela Mistral con los escritores costarricenses, la visión panamericana y la vocación pedagógica se tiñen de un profundo sentimentalismo que se amalgama con la solidaridad social. Los pobres y los niños, los seres más débiles de la cadena social, son los sujetos predilectos de su escritura; y lo mismo sucede en la obra de Carmen Lyra y de García Monge, entre otros. Esta percepción ofreció a la pluma de todos la fuerza vital que rompió las fronteras políticas, los llevó, especialmente a ella, a viajar incansablemente por todo el mundo y los Hermanó para siempre en las páginas que hoy repasamos, asombrados siempre de su actualidad y su vigor.

APÉNDICES

1. Publicaciones en el *Repertorio Americano*, fuente: Mario Céspedes, 1978, ordenado alfabéticamente por M. Rojas G.

1. A la mujer mexicana	19 febrero 1923	23-V
2. A los maestros de Costa Rica	3 noviembre 1924	9-IX
3. Agrarismo en Chile	8 diciembre 1928	22-XVII
4. Agustín Nieto Caballero	13 abril 1929	14-XVIII
5. Alfonsina Storni	15 mayo 1926	19-XII
6. Alfonso Reyes	I mayo 1926	17-XII
7. Algo sobre González Vera	30 setiembre 1950	18-XVI
8. Anthero de Quental	12 marzo 1936	13-XXXI
9. Antonio Eca de Queiroz	28 noviembre 1935	3-XXXI
10. Artesanos franceses: Bernardo Palissy	15 junio 1929	23-XVIII
11. Berta Singerman	24 junio 1933	24-XXVI
12. Bufon el trabajador	17 junio 1933	23-XXVI
13. Cabos de una conversación	10 febrero 1940	4-XXXVII
14. Canciones de las madres	30 octubre 1922	4/5-V
15. Carlos Mondaca	18 mayo 1929	19-XVIII
16. Carmen Conde	9 junio 1934	22-XXVIII
17. Carta a un biógrafo	7 julio 1934	1-XXIX
18. Carta a una peruana	30 octubre 1926	16-XIII
19. Carta a Vasconcelos	30 enero 1922	23-III
20. Cartas para Colombia	2 diciembre 1933	21-XXVII
21. Chile	17 setiembre 1923	4-VI
22. Chile institucional	13 febrero 1936	11-XXXI
23. Cinco años de destierro de Unamuno	5 noviembre 1927	17-XV
24. Clasicismo colombiano	19 noviembre 1932	19-XXV
25. Como se ha hecho una escuela granja en México	27 mayo 1923	7-VI
26. Con Ada Negri	12 junio 1926	22-XII
27. Con el Dr. Decroly	17 setiembre 1927	14- XV
28. Con Romain Rolland	15 febrero 1926	7-XII
29. Constantin Meunier	28 agosto 1926	8-XIII
30. Contar	20 abril 1929	15-XVIII
31. Conversando sobre la tierra	19 setiembre 1931	11-XXIII
32. Corazones franceses: San Vicente de Paul	22 diciembre 1928	24-XVII
33. Credo	11 diciembre 1922	11-12/V
34. Discurso en la Unión Panamericana	11 agosto 1924	21-VIII
35. Doña Blanca de los Ríos	25 octubre 1930	16-XXI
36. Eduardo Barrios	25 agosto 1924	23-VIII
37. El alma de la artesanía	24 marzo 1928	12-XVI
38. El almirante Fernández	8 agosto 1936	6-XXXII
39. El caso de Remarque	26 noviembre 1932	20-XXV
40. El club a Faubourg	17 julio 1926	3-XIII

41. El Dr. Eduardo Santos	26 abril 1930	16-XX
42. El encuentro	15 mayo 1920	19-I
43. El grito	17 abril 1922	4-IV 2
44. El método Decroly	24 setiembre 1927	15- XXV
45. El miedecito de la gacela	11 enero 1930	2-XX
46. El presidente Obregón y la situación de México	9 julio 1923	14-VI
47. El rostro cuarentanero de Bolívar	14 marzo 1931	10-XXII
48. El Salvador	2 setiembre 1933	9-XXVII
49. El segundo Fray Luis de León	23 julio 1932	9-XXV
50. El sentido de la profesión	22 agosto 1931	8-XXIII
51. El tipo del indio americano	8 octubre 1932	14-XXV
52. El viejo lugar común	22 enero 1927	3-XIV
53. Elogio de los países pequeños	8 mayo 1926	18-XII
54. Elogio de María Monvel	16 octubre 1926	15-XIII
55. Elogio de Puerto Rico	24 setiembre 1932	12-XXV
56. Enrique Diez Canedo	23 julio 1932	3-XXV
57. Escándalo literario	23 marzo 1935	12-XXX
58. Fiesta perdida: Charles Peguy	14 enero 1928	2-XVI
59. Fray Bartolomé	14 octubre 1933	14-XXVII
60. Gente francesa: Severin	3 agosto 1929	5-XIX
61. Hacia una liga sarmentina	3 marzo 1928	9-XVI
62. Hispanoamericanos en París: Francisco García Calderón	2 julio 1927	I-XV
63. Imagen de Cristo en la escuela	30 mayo 1931	20-XXII
64. Inauguración de una biblioteca	10 mayo 1950	II-XIVI
65. Invitación a la lectura de Rainer M Rilke	4 febrero 1928	5-XVI
66. Joaquín Edwards Bello	7 julio 1934	1-XXIX
67. José Santos Chocano y España	20 julio 1925	19-X
68. José Vasconcelos	11 junio 1927	22-XIV
69. Kindergarten	15 enero 1951	2-XLVII
70. La aventura de la lengua	30 junio 1949	12-XIV
71. La cacería de Sandino	11 julio 1931	2-XXIII
72. La desgracia de Santo Domingo	10 enero 1931	2-XXII
73. La escuela de servicio social	18 enero 1926	3-XII
74. La escuela obrera superior de Bélgica	27 agosto 1927	11-XV
75. La falsa estampa	13 junio 1931	22-XXII
76. La juventud de Michelet	12 julio 1930	2-XXI
77. La leyenda prodigiosa de Federico Mistral	14 setiembre 1929	10-XIX
78. La madre	20 setiembre 1941	17/18- XXXVIII
79. La muerte de Zweig	20 junio 1942	12-XXXIX
80. La palabra maldita	1 enero 1951	1-XIVII
81. La película enemiga	3 julio 1926	1-XIII
82. La pobre ceiba	19 mayo 1928	19-XVI
83. La unidad de la cultura	30 enero 1932	4-XXIV
84. Libros escolares	14 julio 1928	2-XVII

85. Lope	14 noviembre 1935	1-XXXI
86. Los derechos del niño	18 agosto 1928	7-XVII
87. Los niños, no	15 junio 1935	23-XXX
88. Madrinan de lectura	8 mayo 1926	18-XII
89. Manuel Magallanes Moure	20 abril 1935	15-XXX
90. Manuel Ugarte	10 marzo 1928	10-XVI
91. María Enriqueta y su último libro	11 junio 1923	9/10-VI
92. Máximo Gorki	5 diciembre 1936	21-XXXII
93. Melancolía de Pascal	1 marzo 1930	9-XX
94. México y Estados Unidos	18 setiembre 1922	27-IV
95. Motivos de la pasión	3 abril 1926	13-XII
96. Niño y libro	5 diciembre 1935	4-XXXI
97. Nuestra Colombia	6 enero 1934	I-XXVIII
98. Oficios de mujeres	12 octubre 1929	14-XIX
99. Oración de la maestra	20 setiembre 1919	3-I
100. Oración del estudiante a la gracia	19 mayo 1924	9-VIII
101. Página para Pedro Salinas	6 octubre 1928	13-XVII
102. Palabras que hemos manchado	10 julio 1922	16-IV
103. Pasión agraria	9 febrero 1929	24-XVIII
104. Pedro Prado	16 julio 1932	2-XXV
105. Pequeño mapa audible de Chile	16 febrero 1935	7-XXX
106. Pienso en Peguy	20 abril 1945	21-XLI
107. Poemas del cuerpo humano	23 octubre 1922	3-V
108. Poemas de la madre-Viernes	10 junio 1921	22-II
109. Profesores españoles	27 setiembre 1930	12-XXI
110. Recado a los amigos de América	11 febrero 1939	9-XXXVI
111. Recado para Inés Puyo	10 setiembre 1948	18-XLIV
112. Recado para Julio Barrenechea	12 febrero 1945	15-XII
113. Recado sobre el caleuche	1 agosto 1936	5-XXXII
114. Recado sobre el canciller Fernández	13 octubre 1943	18-XI
115. Recado sobre el copihue chileno	15 enero 1944	1-XLI
116. Recado sobre el Quetzalcoatl	11 julio 1936	2-XXXII
117. Recado sobre Juan A Ríos	15 agosto 1942	17-XXXIX
118. Recado sobre la cordillera	14 setiembre 1940	19-20- XXXVII
119. Recado sobre los tlalocs	4 julio 1936	1-XXXII
120. Recado sobre Pablo Neruda	23 abril 1936	18-XXXI
121. Recado sobre una maestra argentina	26 febrero 1945	16-Xu
122. Recuerdos sobre el arzobispo Errázuriz	26 marzo 1936	15-XXXI
123. Recuperación de Pablo de la Torriente	29 abril 1939	14-XXXVI
124. Reloj de sol: simpatías y diferencias	7 mayo 1927	17-XIV
125. Respuesta a un manifiesto	9 abril 1936	16-XXXI
126. Sandino	14 abril 1928	14-XVI
127. Sarmiento en Aconcagua	3 enero 1931	1-XXII
128. Separación del trabajo	28 julio 1928	4-XVII
129. Si Estados Unidos	19 noviembre 1927	19-XV
130. Si Napoleón no hubiera existido	7 julio 1928	1-XVII

131. Sobre la paz y América Latina	10 enero 1950	2-XIVI
132. Sobre Marta Brunet	11 agosto 1928	6-XVII
133. Sobre un congreso de bibliotecas	8 noviembre 1947	II-XLII
134. Teresa de la Parra	6 julio 1929	1-XIX
135. Teresa de la Parra	26 setiembre 1936	11-XXXII
136. Tiene 70 años Selma Agerloff	16 marzo 1929	11-XVIII
137. Un maestro del cuento: García Calderón	5 marzo 1927	9-XIV
138. Un poeta nuevo: Carlos Pellicer	25 junio 1927	24-XIV
139. Un ruego	22 febrero 1941	4-XXXVIII
140. Un sabio indio	24 abril 1928	16-XVI
141. Un Tagore en Nueva York	12 setiembre 1931	10-XXIII
142. Una biografía de Hostos	10 diciembre 1932	22-XXV
143. Una biografía de Pierre Curie	18 noviembre 1933	19-XXVII
144. Una exposición de la infancia	2 abril 1927	13-XIV
145. Una institución del espíritu	7 diciembre 1925	13-XI
146. Una vida de Rubén Darío	21 enero 1933	3-XXVI
147. Varias clases de libros	30 octubre 1922	4/5-V
148. Vasconcelos y Chocano	21 diciembre 1925	15-XI
149. Voto de la juventud escolar	11 abril 1931	13-XXII
150. Waldo Frank en Chile	12 setiembre 1942	18-XXXIX
151. Waldo Frank y nosotros	5 noviembre 1932	17-XXV

2. Otras publicaciones de Gabriela Mistral en revistas costarricenses

TÍTULO	GÉNERO	REVISTA	FECHA
El <i>Corazón</i> de Amicis	artículo	<i>San Selerín</i>	1913
Los cabellos de los niños	prosa	<i>San Selerín</i>	15 mayo de 1923
La raíz del rosál	prosa	<i>San Selerín</i>	15 mayo de 1923
Plantando el árbol	poesía	<i>San Selerín</i>	15 mayo de 1923
Plegaria por el nido	poesía	<i>San Selerín</i>	15 mayo de 1923
Caperucita roja	poesía	<i>San Selerín</i>	15 mayo de 1923
Promesa a las estrellas	poesía	<i>San Selerín</i>	15 mayo de 1923
(Carta)		<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Meciendo	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Apegado a mí	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Suavidades	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Yo no tengo soledad	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Las canciones de cuna:	prosa	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
La noche	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Me tuviste	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Encantamiento	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
La madre triste	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Rondas de niños:		<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
¿En dónde tejemos la ronda?	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922

La margarita	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Invitación	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Dame la mano	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Los que no danzan	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Jesús	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Todo es ronda	poesía	<i>La escuela costarricense</i>	n. 4. junio 1922
Caricia	poesía	<i>Triquitraque</i>	I-4, agosto 1936
Canción de las mazorcas	poesía	<i>Triquitraque</i>	II-9, abril 1937

3. Artículo (1913)

EL CORAZÓN DE AMICIS⁸

Para mi hermano Joaquín, el más querido de mis hermanos y que está muy lejos.

He acabado de leer el libro *Corazón*. ¿Recuerdas que me lo regalaste antes de partir?

—Toma—me dijiste, sacándolo de entre una fila de libros —hace años me acompaña y es el libro más dulce y más bueno que leerás en tu vida. Consérvalo, y cuando me escribas, cuéntame tus impresiones.

Estoy muy triste, hermanito, porque he dicho adiós a todos esos amigos que me han acompañado en estos días. Me parece que los he conocido, que he pasado muchos ratos sentado con ellos en los bancos de la escuela. En este momento todos desfilan por mi memoria: Garrón, el más grande de la clase, con la cabezota rapada y vestido con traje estrecho. Lo tengo ante mí, llevando sus libros atados con una correa de cuero encaranado y junto a él, al Jorobadito, con su carita pálida, y cubierto el cuerpecillo con el delantal de tela negra y lustrosa. Coreta, el alegre, con su chaqueta de punto, de color de chocolate y su gorra de piel. El Albañilito con su cara redonda, poniendo hocico de conejo y encasquetándose el sombrero como si fuese un pañuelo. Garofi, el comerciante, asomando su nariz de pico de loro y con las lecciones escritas en las uñas. Adiós, Precusa. Me separo de ti casi contenta, porque al cerrar el libro ya no eres el pálido y triste Precusa que conocí al comenzar la lectura. Ya ahora silbas, querido chiquillo, porque tu corazón está más alegre. Adiós también Estardo. Nunca olvidaré el rostro que ponías durante las lecciones: la frente arrugada, los ojos inmóviles y los dientes apretados y todo esto para aprender mejor. Ahora pasa Deroso, el de la bella cabeza rizada, tan inteligente y tan aplicado, y Votino, el vanidosillo, el que siempre se estaba quitando las motas del vestido. Tras ellos, Crosi, con sus cabellos rojos y su brazo inmóvil, y Franti, el de fisonomía oscura y sucia. También a él le sonrío y pienso que siempre lo recordaré con cariño y con pena.

¿Quieres creer, hermanito, que cuando acabé el libro estaba llorando? Yo también estrechaba, para despedirme, la mano del buen maestro, siempre tan serio y con la frente arrugada, pero cuyo corazón era un pedazo de ternura.

¡Qué bello libro! Lo tendré siempre sobre mi mesa y a menudo lo abriré para saludarlos a todos. Gracias, hermano. ¿Por qué siento ahora por mis compañeras de clase tanto cariño? Después que leído tu libro, encuentro en cada una de ellas noblezas y actitudes que nunca vi antes. Así, tu libro es bueno como el agua que lava el guijarro que se arrojó en ella como objeto indiferente, y que ocultaba bajo la capa de tierra que lo cubría el brillo de algo precioso. Al tenerlo en mis manos, me parece que siento palpitar entre sus hojas un corazón de chiquillo.

¿Verdad que nunca ningún escritor será querido con tanto desinterés como Edmundo de Amicis, el que escribió el libro *Corazón*? Me han contado que hace como unos cinco años que murió. ¿Verdad, mi hermano Joaquín, que quizá no hay tumba más visitada que la de él? ¿Te imaginas la peregrinación de corazones que va siempre hacia ella, llevados en alas del pensamiento?

A ella llegan los corazones de todos los niños que van teniendo la felicidad de saborear este delicado libro y también los de las personas grandes que lo leen y han logrado “conservar entre los labios de sus corazones, la leche de la infancia”.

Y no puedo menos de sonreír con ternura, al pensar que entre esa conmovedora procesión, van los corazones de los niños japoneses a cuyo idioma también se ha traducido

“El diario de un niño”. ¡Ah, Garrón, Deroso, Precusa y travieso Albañilito, que sois amados hasta por los niños de ojos oblicuos y piel amarilla!

¡Qué hermoso! ¡Una tumba visitada sólo por la niñez! ¡Ay, hermanito, me dan deseos de reír y de llorar a esta idea! Pienso en la cabeza cana que descansa bajo ella y me parece verla sonreír dulcemente, cuando siente que los corazoncillos que van a visitarlo le dicen llenos de amor: “Gracias, querido viejecito, por tu libro tan bello y tan delicado, ese tu libro *Corazón*, que deja deseos de ser mejor”.

Mi hermano Joaquín: yo quiero como Enrique hacer un diario. Cuando tú vuelvas lo leerás. Adiós. Te quiere mucho tu hermana,

Gabriela

4. Carta a la revista *La escuela costarricense* (1922)⁹

Mi distinguido director y amigo:

Sigo con cariño y admiración los progresos -muy grandes- de *La escuela costarricense*. No la he olvidado: dije que le mandaran mis *Rondas de niños*. Parece que no las ha recibido. Van estos cantos de madres. Se los envío porque pienso que toda revista de educación se hace para maestros y padres.

No sé cómo agradecerle esa reproducción infinita de mi “Oración de la maestra”. ¡Gracias por haberla hecho llegar a todos los corazones!

Pida ustedes, amigo, si lo cree conveniente, que algún músico de su país haga música sencilla y tierna a las menos malas de esas canciones. Aquí ya la tienen. Yo quiero que lleguen a las mujeres para quienes las he escrito; yo aspiro a que siquiera un niño se duerma arrullado por la ternura que en ellas puse, (ternura, no belleza).

Saludo a usted y a los compañeros de su noble labor, cariñosamente,

Gabriela Mistral
Santiago de Chile, 1922

5. Carta a Roberto Brenes Mesén (1931)¹⁰¹

Muy querido amigo mío:

Parece mentira que haga hoy un año desde que nos vimos en la terrible Nueva York y que yo haya tardado este año entero en cumplirle y cumplirme. Más raro es aun el que hoy sea Pascua como entonces y que exista entre nosotros este destino de reunirnos el santo día. No he buscado expresamente el día, mi amigo ni cosa parecida.

No sabe usted qué profunda huella me dejó su conversación y cómo la he guardado casi entera a pesar de mi mala memoria, a pesar del traqueteo de meses por Centro América y por las Antillas. Yo sé que deberíamos escribirnos con frecuencia y así lo espero ahora que vuelvo a tener paz, en esta Europa que ya resulta mucho menos mundana que nuestra América hasta idílica en comparación con la costumbre de fiesta permanente de sarao y de festejos en uso en aquellas tierras. Cierta Mesén, yo siento al llegar aquí que me recupero después de una pérdida muy larga y muy fea de mí.

¿Qué hace usted este día pascual, en su país extranjero, con frío pero entre los suyos y sus libros? A mí me duele que por culpa de mi silencio tal vez usted no me recuerde en este día que fue nuestro hace un año. No fue perdido ese día, mi amigo, no fue perdido.

Anduve por su tierra, y le pensé mucho por allí. A pesar de que era tan otro mi pensamiento al llegar, acabé diciéndome en que usted hace bien en vivir afuera. Su tierra ha ganado mucho, por encima de sus vecinos en el aspecto político; tiene una tradición pedagógica; la raza es homogénea; pero el Espíritu Santo se siente poco, Mesén, cerca de unos cuantos nada más. Hace falta, se me ocurre, el descontento, la hervidura interior por algo, la pasión crespas, ya sea de español o de indio, pero la pasión, ausente.

Se dan cuenta de que lo han perdido a usted, y les pesa, pero con poca intención de enmienda, se me ocurre.

Yo quisiera pasar la noche con usted, oyéndole leer sus libros ocultistas o explicarme el *Popol Vuh*, que yo me leo en esta semana, traguitos por traguitos pequeños. Tengo conmigo a una amiga yanqui que me hace leer inglés y yo creo que en adelante usted podrá indicarme libros sobre estas cosas que estén en esa lengua y que yo me buscaré y me leeré. ¿Acepta usted?

Mi vida interior de este tiempo ha sido desordenada y se ha resentido mucho de la fatiga corporal. Sin embargo, el calor me hace un bien evidente y sólo él ha podido ayudarme a viajar tanto sin romperme del todo. Espero en un año más no padecer de frío, irme a Túnez o a Argel y tener palmeras, cara morena y calor para mis huesos.

Quiero contarle una experiencia muy extraña de Cuba, el sueño más intenso y con una sensación más viva de realidad que yo he tenido nunca.

Di esa noche una conferencia sobre Martí, y hacia el final, sea porque yo estaba muy conmovida o muy cansada, se me acabó la voz enteramente. A la salida, el Ministro de Chile con su mujer me tomaron para llevarme en auto a tomar aire y darme fuerza, y con ellos anduve hasta la una de la mañana. Volví al hotel; fui a acostarme y mi fatiga era tanta que tuve la tentación de tenderme vestida. Me acosté en forma, sin embargo, y poco después, comenzó un sueño tan ordenado como capítulos de libro y, a la vez, coherente e incoherente.

Primera parte. Yo entraba a un sótano bastante oscuro y húmedo y en el comienzo no veía casi nada. Fueron apareciendo de poco a poco unas muchachas, las niñas que mi hermana ha criado y sostiene en Chile. Una de ellas vino a acompañarme a Francia y se me portó muy mal, pero muy mal. Yo sentí un golpe de cólera fuerte, de cólera demoníaca, y con trabajo, conseguía decirles temblando: Díganme, ustedes, ¿hasta cuánto yo debo andar así caminando, tierras extrañas, acabándome la vida, porque ustedes, que no trabajan, pesan tanto en la casa de mi hermana? Ellas --una de ellas, se reía con sorna, y yo, temblaba de rabia, de una rabia mala. De pronto yo miro hacia un lado del sótano y veo a una mujer que amasa, a la manera de los panaderos belgas. manejando la masa de harina con los brazos que la tiran en alto de aquí allá. La mujer tenía una cara de gran fatiga, austera, cara de mujer del pueblo nuestra, la que yo podré tener en unos años más, si me adelgazo, más morena que yo, ella muy gastada, y levantando y bajando la masa rítmicamente. Interrumpió aquello para decirme, con mi nombre de la infancia: --Señorita Lucila, yo hago el pan para la soñara Emelina --mi hermana--. Este es el pan que yo hago y más tarde usted lo tomará en la casa con mate. Y me pasó una tortilla dorada, como no las veo desde aquellos años, con el borde repulgado, como allá decimos, un pan redondo y lindo. Yo lo tomé, tan conmovida, amigo mío, tanto, del olor, de la forma olvidada, del pensamiento de comer eso de nuevo. La cólera se me fue, como cortada; pensé que mi

hermana gastaba todo lo que gasta en darse un gusto así, en que pagaba a esta pobre mujer, etc., y se me fundió adentro no sé qué, más que el corazón.

Segunda parte. De un golpe, yo estoy en otra parte, como en una terraza de café, junto a una mesa donde había varios hombres con el sombrero echado sobre la cara. Yo levanté mi cara y me hallé con un cielo extraordinario, todo él cuajado de estrellas, de estrellas en relieve, gruesas, y de una luz que siendo fuerte era suave. Yo pensaba en que ese cielo tan luminoso debía ser el tropical, porque yo estaba en Cuba. Pero volvía a mirar y poco a poco iba sabiendo que eso no era el cielo tropical, que de ser cielo real lo mirasen como yo aquellos hombres y ellos no sabían nada. Otra mirada arriba y el cielo había mudado por completo: las estrellas estaban ahora en orden de rueda, el cielo entero se había vuelto una rueda, con las estrellas en radios --no recuerdo yo una pieza central. Entonces ya supe que ese "no era el cielo". En el mismo momento de saber esto, sentí que me cogieron por la nuca, fuertemente como con tenazas, pero sin ningún daño; yo supe que me llevaban a alguna parte, yo sentí no precisamente un vuelo pero sí un transporte en vacío y por testigos que no me llevaban ellos pero que iban conmigo, llevándome a una prueba en un movimiento muy fuerte. Me hicieron correr tres veces un líquido por la columna como quien la va una botella, de abajo a arriba. Yo sentía una mezcla de miedo y de deseo de saber, y comencé a rezar a mis muertos, en concreto a mi mamá ..., peregrino esto, a Pitágoras, diciéndoles que yo tenía miedo. Vi no sé cómo ni dónde, si detenida, ni llevada todavía, vi una escalera de caras que eran las de mis muertos, hecha de puros semblantes, angosta y no entera. Miraba a mis abuelos y lo demás no lo reconocía naturalmente pero sabía bien que eran mis muertos.

Ellos, los que me llevaban, hablaban entre ellos comentando que yo no quería. Me bajaron; sentí que me ponían sobre el suelo, sin daño, y que eso, lo que hacían, la prueba de la iniciación, se había interrumpido.

Tercera parte. Yo estaba en una plazuela de México, en la misma penumbra de todo el sueño. Fueron llegando indios, con sus grandes sombreros, sus huaraches y sus mantas. Uno me reconoció y me dijo: --Señorita M., aquí venimos a pasar la Pascua, yo ahora con usted. Yo tenía molestia de pensar que la prueba no se iba a continuar allí, a causa de aquella gente. Les dije que no era Pascua, y yo para esto pensaba que en el Colegio, en Barnard, nadie me había dicho que fuese fiesta. Ellos me lo aseguraron de nuevo. Una pausa, y desaparecieron los indios excepto el que me hablaba. Ahora no tenía facciones (la risa socarrona de antes) sino que la cabeza estaba como fajada por un pergamino, dejándola en forma de cubo de cuero. En esa cara sin facciones fueron cayendo una por una, como puestas, letras o judías o egipcias, que se enfilaban a la altura de los ojos o de la frente cayendo las letras de izquierda a derecha. Yo pensaba que los que conmigo andaban me explicarían el sentido de la frase que quedó escrita como a lo largo de una venda, de oreja a oreja.

Cuarta. Yo sé que hay que continuar la prueba en otra parte. El resto del sueño es muy angustioso. Me pongo a buscar un lugar donde acudan otra vez los que se han ido. Corro a lo largo de una casa de muchos aposentos; entro a un cuarto que está vacío, y tiene a un lado solamente un poco de ceniza; entro en otro que es un dormitorio burgués, y veo dormir a las gentes; entro a una sala de clase, etc. Al fin salgo de esa especie de "conventillo" a la intemperie. Me hallo a mi hermana debajo de un gran árbol; le digo que me lleve a descansar a un lugar tranquilo y ella me dice que tiene cerca su casa. Vamos caminando lado a lado y llegamos a una casa de fachada vieja y descolorida, en columnas griegas bastante viejas y que tiene delante una fuente que es un dragón chino. Me río yo de esa mala combinación de columnas griegas y de cosa china; ella me dice que eso no es

feo, etc.. Entramos y mi sueño se acaba. Pero yo despierto agradeciendo a Dios lo vivido y diciendo fuerte: --Gracias te doy, Señor, etc. Doy la luz y me pongo a escribir mi sueño a una amiga para no olvidarlo. Son las dos de la mañana.

Las correcciones deben a que le escribía de memoria y no llevaba el orden verdadero. Pedí la carta mía y he añadido lo que faltaba. Lo más importante, lo de la espina, creía que estaba después.

Los resultados del sueño: me desperté llena de fuerza, a pesar de aquella noche de agotamiento; además, muy alegre, mucho. La semana había sido tal en Cuba, que me dormí en un banquete por allí. En una semana, cinco conferencias y la isla atravesada dos veces, aparte del visiteo que usted imagina de nuestra gente.

Mi amigo, ahí van esas experiencias, para que usted las piense un poco y me las diga. No siento después del sueño mayor espiritualidad; sí mayor fuerza y alguna intrepidez de espíritu.

Dígame los libros que se le ofrezcan de aquí; lo que quiera, amigo mío.

Recibí la traducción inglesa de su grande artículo. El es, le repito lo mejor que se ha escrito sobre mí, la mirada más entrañable echada sobre mis versos, y en buenas cuentas, lo más valioso que podía darme un hombre profundo que me leyó con generosidad y que, por lazo que no entendemos, era mi hermano en algo más que la pobre cosa literaria y que siento vagamente.

Quiero que me recuerde, que me ayude cuando pueda, que me aconseje, que me dé una lista de libros de esos “nuestros” y que me escriba, perdonándome este silencio inexplicable (clases en Vassar, el tormento del frío que me aplana; luego, viaje continuo. Es todo).

Un abrazo, amigo mío y hermano mío, y un hasta luego lleno de devoción tierna y respetuoso, de Gabriela.

25 de diciembre de 1931

Dirección: casilla 53, Santa Margherita Ligure, Italia.

NOTAS

¹ Cfr. Victoria Garrón, *Joaquín García Monge* (serie “Quién fue y qué hizo”, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971) 18.

² Eugenio García Carrillo, *El hombre del Repertorio Americano* (San José, Editorial Studium, 1981) 79.

³ Mario Céspedes, *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1978). Este asunto también ha sido estudiado por Víctor Valembos en el artículo “Tres educadoras latinoamericanas en el triángulo Bélgica-Chile-Costa Rica”, en el que <http://www.una.ac.cr/generales/topicos/86/pagina4.htm>

⁴ Magda Arce, *Gabriela Mistral y Joaquín García Monge: una correspondencia inédita* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989). En esta publicación se recopilan las cartas de la poetisa a García Monge, las de este no se incluyen pues, según la compiladora, no se pudieron localizar.

⁵ Gabriela Mistral, [Carta 9] repr. en Arce, *op. cit.*, 91.

⁶ Valembos, art. cit.

⁷ Cfr. Céspedes, *op. cit.*

⁸ Gabriela Mistral, “El Corazón de Amicis”, *San Selerín*, San José, 1913, 9-11.

⁹ Gabriela Mistral, [Carta], *La escuela costarricense*, “Sección literaria”, n. 4, junio 1922, 253.

¹⁰ Inédita?, hallada en los documentos y manuscritos de Roberto Brenes Mesén del Fondo de Archivo de la Universidad Northwestern (EE. UU.), donde él fue profesor por varios años.